

LA VIDA RELIGIOSA Y LOS MINISTERIOS

Introducción

Una reflexión sobre los ministerios en torno a la Vida Religiosa a primera vista podría parecer inútil por cuanto las dos cosas se refieren a vocaciones diferentes y solo incidentalmente tienen convergencia. Por otra parte puede resultar tentador aventurarse en este campo con la secreta ambición de llegar a resultados halagadores. De todas maneras sorprende partir de una constatación y es la de que a pesar de existir una inmensa bibliografía sobre los ministerios, es muy poco o nada lo que se ha escrito sobre los ministerios en relación con la vida religiosa. Si el tema de los ministerios ha resultado tan rico en reflexiones por los filones que va poniendo al descubierto no solo en el campo del ecumenismo, sino también, y de manera muy particular, en el seno de la Iglesia Católica, parece que vale la pena detenerse a desentrañar un poco las vetas

interiores que establecen relaciones insospechadas entre estas dos grandes realidades eclesiales.

1.— Qué dice la experiencia

Quizás puede parecer exagerado insistir en el juridicismo que hasta hace muy pocos años orientó la vida religiosa, y más si se vuelven los ojos a los grandes maestros, aun en los tiempos más antiguos, quienes tuvieron una conciencia muy lúcida de lo que tenía que ser la vida religiosa como vitalidad eclesial. Pero tampoco podemos negar los hechos, cargados de unas experiencias tan duras, que todavía seguimos sufriendo sus consecuencias de depresión y desconcierto.

El desconocimiento de las verdaderas fuentes bíblicas, históricas y teológicas no ha permitido a muchos comprender el profundo sentido de comunidad y co-

muni6n de la vida religiosa y nos ha llevado a vivir una realidad de "ghetto" en que el egoísmo y el individualismo han impedido el florecimiento de muchas obras eclesiales. (1)

La falta de espíritu comunitario se descubre también en las empresas comunes: mientras el hombre moderno se siente cada vez más empujado hacia las distintas formas de colaboraci6n y convivencia, —que es el fenómeno de la socializaci6n constatado por Juan XXIII en *Mater et Magistra* y luego en todos los demás documentos eclesiales de importancia—, los religiosos difícilmente nos unimos, aun en el interior de las comunidades, para tareas comunes. Son muy pocos los religiosos que se deciden a realizar una obra oscura y constante en que otros cosechen las utilidades y el éxito.

El mundo en que nos movemos nos ha empujado cada vez más hacia el funcionalismo: valgo lo que hago. Nuestro "pastoralismo" no compromete nuestra vida, sino que nos dedicamos a realizar "funciones" y a manipular personas. Es el mundo de las utilidades inmediatas y materiales, en que las personas están su-peditadas a las cosas en un oscurecimiento vocacional angustioso.

El desconcierto vocacional se ha convertido en un hecho tan normal por lo frecuente que ya ni nos asusta: todos los días estamos presenciando el retiro aun de compañeros ejemplares de la vida religiosa. Lo que antes lograban los ambientes fuertemente coercitivos sobre las personas al menos por respeto humano, se consigue hoy, en medio de tantas liberta-

des, sólo a base de convicciones profundas en un ámbito de fe y comuni6n fuertemente vividas y comprometidas (2).

El sentido de cristiandad y sacramentalizaci6n nos está llevando a ejercer en forma distorsionada nuestra vocaci6n apost6lica como meros suplentes de clérigos inexistentes, y por lo mismo nos estamos contagiando de mentalidad clerical en contra de las convicciones misioneras y evangelizadoras que han sido, cada uno a su manera, el común denominador de todos los carismas congregacionales.

Una reflexi6n de esta clase puede ser que no aporte nada nuevo, pero está llamada quizás a cumplir una gran misi6n: dar mucha luz sobre lo que son los carismas, los servicios, la Iglesia, la comunidad, la vocaci6n cristiana y la vida religiosa. Si esta reflexi6n lograra ubicar mejor a cada uno en el puesto que realmente le corres-

(1) *Si el individualismo ha sido empobrecedor, no menos peligro puede ofrecer una unificaci6n indiscriminada de las comunidades religiosas, sobre todo en el campo de la pastoral. Cfr. J.M.R. TILLARD, op, El Porvenir de los religiosos en la Pastoral, en "Vida Religiosa" 245 (nov 1973) 403s.*

(2) *Se ha hablado del "desmoronamiento de antiguas construcciones defensivas" en un penetrante estudio de Antonio Vázquez Fernández, O. de M., Integraci6n psicoafectiva del religioso en una cultura de transici6n, en Presencia de los religiosos en la nueva sociedad, Madrid, Instituto teológico de Vida Religiosa, 1973, p. 233.*

Cfr. T.MATURA, ofm, Las salidas de la vida religiosa: retroceso o progreso? en "Vida Religiosa" 244 (sept. 1973) 289 s.

ponde se habría llevado a cabo un poderoso cometido que justificaría de sobra este esfuerzo.

2.— La Vida Religiosa a la luz de la Iglesia

Una de las comprobaciones más claras que nos ha dejado el Vaticano II es el sentido de **comunidad** de la Iglesia, plenamente realizada en el acontecimiento de Pentecostés (3) como culminación de la Resurrección de Jesús, autor de unidad y de paz (LG 9). La caridad, vínculo de la perfección y plenitud de la ley (cfr LG 42), crea constantemente comunidad y nos permite tomar conciencia de nuestra filiación divina y de nuestra fraternidad humana. Por el bautismo formamos parte de la Iglesia "sacramento visible de la unidad salvadora para todos y cada uno" (LG 9), y por la profesión religiosa expresamos con mayor plenitud nuestra consagración bautismal (Ev. Test. 4).

La Iglesia, tal como lo destaca la *Lumen Gentium* en el capítulo primero, es una comunidad de dimensión trinitaria, es decir "una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y el Espíritu Santo" (LG 4). La comunidad de personas por conocimiento y amor en el seno de la Trinidad se hizo presente entre los hombres de una manera excepcional el día de Pentecostés cuando el Espíritu Santo concedió a los creyentes ser por Cristo hijos del Padre y los llevó a vivir esta comunión como si tuvieran un solo corazón y una sola alma (Hech 4, 32), con tal sentido de fraternidad que puso de manifiesto el advenimiento

de Cristo como plenitud de comunión propia del Reino escatológico, y de la cual dimana un dinamismo evangelizador incontenible (PC 15). La Iglesia nace, crece y se consolida como ministerio de comunión (cfr LG cap. 1) ya en los primeros cristianos, quienes se percatan de que solamente podrán proclamar la buena nueva y ser testigos del reino en la medida en que tengan una conciencia muy lúcida y operante de que la comunión fraternal con Cristo hacia el Padre en el Espíritu debe ser una realidad profunda que se verifica constantemente en su vida (Hech 2, 42-47) y una fe muy viva de que Cristo está presente en el otro, que es la teología del **encuentro**.

Por la resurrección ha sido superado todo individualismo y Jesús se convierte así en un acontecimiento comunitario de dimensiones cósmicas, persona y colectividad a la vez, persona que asume el universo y universo personalizado en el que va creciendo hasta el fin de los tiempos, en que Jesús será propiamente Señor del universo. Por la fe, el amor y la esperanza Cristo va llegando a su plenitud en nosotros y nosotros nos aproximamos más y más a la plena participación en la Comunidad Trinitaria. En Cristo Resucitado todo se vuelve amor y comunión, no sólo en relación personal con cada uno de los creyentes, sino también en relación con el universo en su totalidad actual y futura

(3) Cfr. J. REMMERS, *Sucesión apostólica de la Iglesia universal en "Concilium"* 34 (ab 1968) 49.

(4). La Palabra y el Pan, elementos que componen toda forma de diálogo y de comunión, actualizan constantemente en nuestras vidas a Jesús resucitado por la predicación de la Iglesia y por la eucaristía, memorial del sacrificio de la Cruz y de su gloria y nos dan la seguridad de que en Él todos caminamos hacia la plenitud de la comunidad escatológica.

Cristo inició su Iglesia anunciando la buena nueva del Reino de Dios (Lc 4,43), unigido con el Espíritu Santo y con poder (Hech 10,38) y pidió luego a los apóstoles (Lc 24,47) que fueran sus "testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra" (Hech 1,8), con la misión de hacer "discípulos de todas las naciones" (Mt 28,19) para lo cual les confirió el Espíritu Santo (cfr Jn 20, 21-23). De esta manera los apóstoles enseñan y presiden (Hech 2, 42-43), dan testimonio de la Resurrección (Hech 1,22 y 4,33), presiden la distribución de los bienes (Hech 4, 34-37), realizan señales y milagros (Hech 5,12), conceden el don del Espíritu (Hech 8,18), imponen las manos a los diáconos (Hech 6,6), hablan en nombre de Jesús (Hech 5,40) y asocian su autoridad a la del Espíritu (Hech 15,28). O sea que después de la Resurrección y en torno a este acontecimiento los apóstoles organizan una comunidad de plegaria, enseñanza, caridad, servicio social y posesión del Espíritu, y presidida por una autoridad que se reconoce por todos. De esta manera y por voluntad expresa de Cristo nace la Iglesia, que tiene en los apóstoles sus primeros gestores que actúan siempre cumpliendo un oficio de misión y de expansión (5).

En este contexto nace la vida religiosa, y éste fue el ideal que se propusieron vivir ya los primeros monjes, quienes por sobre todo se consideraban apóstoles, no en cuanto se limitaban a la mera práctica de obras de misericordia corporales y espirituales, sino por que se preocupan por reproducir "la vida perfectamente cristiana que Jesús enseñó a sus apóstoles y vivió juntamente con ellos, la vida que llevaban los apóstoles con sus primeros discípulos después de Pentecostés" (6). La vida religiosa es un estado esencialmente apostólico. "Hasta la Orden más contemplativa tiene en la Iglesia, no sólo porque reza, sino en razón de su mismo ser y régimen de vida, una función absolutamente apostólica de testimonio, de proclama, de protesta, frente al anegamiento en lo terreno, en el mundo. Así se comprende que la vida monástica puede exigir

(4) Cfr. X.L. DUFOUR, *Resurrección de Jesús y Mensaje Pascual*, Salamanca, *Sígueme*, 1973, sobre todo p. 304-325. Véase también una página magnífica sobre la esperanza cristiana y el futuro del universo en St. LYONNET, *San Pablo, libertad y ley nueva*, Salamanca, *Sígueme*, 1967, p. 73-78.

(5) Cfr. B. RIGAUX, *Los doce apóstoles*, en "Concilium" (abr. 1968) 7 s.

(6) GARCIA M. COLOMBAS, *osb, La Literatura espiritual en los primeros siglos cristianos*, en *Historia de la Espiritualidad*, I, Barcelona, Juan Flors, 1969, p. 513.

al menos el carácter apostólico que tiene el sacerdocio'' (7).

El retorno a las fuentes de que nos habla el Vaticano II es una invitación que va resultando sorprendente aun limitándonos al solo campo de la vida religiosa. Algunos de los principios que ahora nos parecen novedad, eran verdades muy claras ya en el monacato primitivo en que los monjes aspiraban tan sólo a ser cristianos del mejor modo posible: '' Los monjes primitivos no eran más que simples cristianos, y más precisamente seglares —los sacerdotes y clérigos eran, entre ellos, excepción— que habrían adoptado un peculiar género de vida para cumplir mejor la obligación de santificarse que tienen todos los bautizados'' (8). Por su profesión el monje ratificaba solemnemente las promesas de su bautismo por el que se incorporó a Cristo y a su Iglesia. '' La vocación del monje no es una vocación excepcional: es la vocación misma del bautizado''. San Basilio de Cesarea no llama monjes a sus hermanos, sino '' cristianos lógicos consigo mismos'' (9).

Todo bautizado recibe una llamada en radicalidad a participar del Reino. Pero hay una diferencia entre la opción y la vivencia: solamente en la medida en que uno viva su opción radical va creciendo en el amor y responde radicalmente a la iniciativa de Dios. El estilo peculiar del compromiso religioso sería estar infundiendo vida y sentido a la opción bautismal por '' lo absoluto de su búsqueda de la perfección cristiana, su tensión resuelta y entusiasta de las realidades escatológicas, la elección de ciertos medios con preferencia a otros porque parecen más condu-

centes al único fin de toda espiritualidad auténticamente cristiana'' (10). El dinamismo que este compromiso exige está bien expresado en la explosión de los carismas y servicios de que nos habla el Nuevo Testamento y en que el Espíritu fue tan pródigo que San Pablo tuvo que entrar a regularlos en Corinto (1Cor 12-14) para bien de toda la Iglesia.

Cuando el Vaticano II llama Iglesia a todo el pueblo cristiano no ha hecho más que restituirnos una verdad profunda del cristianismo primitivo. Al hablar de la vocación universal a la santidad, se incluye no sólo a la jerarquía, sino también a los laicos (sacerdocio común de los fieles, LG 10-11) al igual que a los religiosos, de tal manera que los religiosos no formamos una Iglesia dentro de la Iglesia, sino que vivimos la Iglesia de una manera peculiar, entregándonos por la práctica de los consejos evangélicos '' totalmente al servicio de Dios sumamente amado'' y con-

(7) K. RAHNER, *El Sacerdocio cristiano en su realización existencial* Barcelona, Herder, 1974, p. 119-120. En este libro podemos leer otras afirmaciones como éstas: '' Vida religiosa y sacerdocio son dos realidades que van casi a la par: el lado existencial y colegial del sacerdocio apunta hacia la vida religiosa; y al revés, la función eclesiológica que corresponde a la vida religiosa como tal, apunta certeramente hacia el sacerdocio'' (p.122); '' La orden religiosa está muy cerca de ser una comunidad de sacerdotes'' (p.121), de sacerdotes no clérigos, se podría añadir.

(8) GARCIA M. COLOMBAS, *o.c.*, p. 511.

(9) *Id.* p. 512.

(10) GARCIA M. COLOMBAS, *o.c.*, p. 518.

grándonos "al bien de toda la Iglesia" (LG 44) en cuanto ésta constituye toda la razón de ser de la vida religiosa y por lo mismo una de las preocupaciones primordiales de todos los fundadores, como Santa Teresa, cuya inquietud fundamental, después de haber consagrado a ella su vida entera, fue morir siendo "hija de la Iglesia".

Si la vida religiosa, a imitación de los apóstoles, es profunda experiencia eclesial e intensa vida en el Espíritu, es indudable que la presencia de los carismas y servicios son apenas la expresión natural de su vitalidad, tanto más rica cuanto más contribuyen a la expansión y afianzamiento de la Iglesia en el mundo (11).

3.— La Vida Religiosa y los Ministerios

El fenómeno creciente de la socialización está llevando a los hombres y especialmente a los cristianos a descubrir de nuevo el sentido de la vida comunitaria, no menos que su responsabilidad en la Iglesia, al mismo tiempo que el sentido de la oración y de la vida sacramental, fuente y expresión de comunidad. Cada vez estamos volviendo más los ojos a la comunidad de Jerusalén descrita por los Hechos de los Apóstoles, como la verdadera forma concreta de la Iglesia. Es esta la comunidad que dio sentido a la vida religiosa desde los primeros tiempos del cristianismo como signo por excelencia de la reconciliación realizada por Cristo, así como el medio en que se podía practicar de manera concreta el amor fraterno exigido por el Evangelio" (12).

El plan de Dios, realizado por Cristo en el Espíritu, es vivido por la comunidad primitiva en un intenso espíritu de fraternidad, expresada en múltiples servicios: proclamación de la Palabra, servicio en el culto por medio de la oración y la fracción del pan, y servicio social. La prestación de estos servicios hacen crecer la comunidad en la cual se intensifica la fraternidad con excelentes frutos de alegría (y sacrificio) como don singular del Espíritu y manifestación viva de la fe, la esperanza y el amor que une a los creyentes en el Resucitado (13). Una lectura juicio-

(11) *Aún estamos sufriendo las consecuencias de la "culturalización" de los ministerios operada por el Concilio de Trento como reacción antiprotestante por restablecer el orden en la Iglesia y sobre todo debido a la ausencia de una verdadera teología de la palabra. Cfr. A. GANOCZY, Grandeza y miseria de la doctrina tridentina sobre los ministerios, en "Concilium" 80 (dic. 1972) 514-526.*

*La evangelización se hizo en América Latina por religiosos casi en su totalidad y comenzó a decaer excesivamente cuando, por seguir las normas del Tridentino, los religiosos tuvieron que abandonar sus puestos de vanguardia para dejarlos a los clérigos seculares. Cfr. RAFAEL GOMEZ HOYOS, Los Ministerios en la Iglesia colombiana en los siglos XVI-XVIII, en *Vida Espiritual* 45 (1974) 45 y 53.*

(12) *T. MATURA, La Vida Religiosa en la Encrucijada, Herder, 1973, p. 81. Cfr. Justicia y exigencias Cristianas, Conferencia Episcopal de Colombia Bogotá, SPEC, 1974, p. 70.*

(13) *Cfr. Hechos 2,46 y 5,41 y las notas a estos versículos de la Biblia de Jerusalén. Véase también; A. BRINCAT, Fundamentos bíblicos de la vida religiosa, (en *mi-meógrafo*) p. 41 s.*

sa del Nuevo Testamento en busca de fundamentos para la vida religiosa nos lleva a la conclusión evidente de que el ideal de la *koinonía* es lo esencial en el proyecto religioso. Y los votos aparecen como necesarios sólo en la medida en que construyen o dimanan de la comunidad: los votos sin conexión con la comunidad no tienen sentido. Con esta afirmación no sólo no se quiere socavar el valor de los mismos, más bien así adquieren su pleno significado: el hombre casto, obediente, y pobre se encuentra en condiciones excelentes para crear y participar comunión en la que convergen sus mejores energías de instinto sexual, de posesión y de poder, a la vez que recibe de ella todo el vigor necesario para cumplir sin desfallecimiento sus compromisos esenciales. La vida comunitaria debe ser considerada como el eje que afianza toda la vida religiosa, y más aún cuando el mismo Concilio llegó a afirmar que " los consejos evangélicos tiene la virtud de unir con la Iglesia y con su misterio de manera especial a quienes los practican " (LG 44).

Esta constatación tiene unas consecuencias insospechadas: por una parte la vida religiosa no es una Iglesia dentro de la Iglesia, sino una forma muy concreta de vivir la comunidad eclesial (14), y por otra, no es un refugio para gente oportunista o pusilánime con miras a reportar ventajas —cuánto han perjudicado a la vida religiosa los privilegios! —, sino la expresión vigorosa del ideal de amor a que ha sido llamado todo hombre, y que hoy encuentra un poderoso desafío en las formas tan nuevas y atrevidas de comunidad que el hombre construye por todas partes con múltiples fines —socializa-

ción—, especialmente el de encontrar un lugar que le permita rescatar y vivir sus propias riquezas interiores.

En la medida en que la vida religiosa tome conciencia de que su valor esencial es la comunidad, no como mera intencionalidad teórica, sino como realidad que se vive existencialmente todos los días y en lugares muy concretos como comunión de espíritus y de corazones, aun en las tareas más ordinarias y dispersantes, podrá tener la seguridad de que construye Iglesia y de que es *diakonía* en la *koinonía*, es decir, un servicio de Iglesia como lo único que la justifica. En la medida en que nos convenzamos de esta realidad y de este compromiso —la vida religiosa es un compromiso y no un privilegio—, podremos tener la seguridad de estar cumpliendo nuestra misión en el Pueblo de Dios: ser animación de las demás animaciones a las cuales les infunde una alma y les inspira sentido. La vida religiosa es evidentemente un ministerio en la Iglesia, tanto más importante cuanto menos solemnidad se le dé.

La comunidad eclesial y toda comunidad en la Iglesia se vitaliza y crece con los servicios y ministerios de cada uno de sus miembros. Estos servicios en la Iglesia, en la comunidad, son carismas: dones del Espíritu que se dan para común utili-

(14) *En Lumen Gentium la vida religiosa forma parte de la Iglesia y está en relación íntima con el bautismo y la vocación a la santidad de todo el pueblo de Dios.*

dad (1Cor 12,7) (15). Podemos decir que el carisma es "un llamamiento de Dios dirigido a un particular para determinado servicio en la Iglesia, que capacita, para ese servicio. El servicio implica un carisma y el carisma una vocación." "Los carismas y la vocación son presupuesto para los servicios". Una reflexión sobre los ministerios añade a la vocación —voluntad de mejoramiento permanente hacia una plena realización— el sentido dinámico de unas cualidades que se descubren y se ponen en funcionamiento como el aporte propio y necesario de la persona a la comunidad para que las dos sean lo que tienen que ser. Los ministerios, que son servicios para el crecimiento de la comunidad en la fe, permiten a la persona encontrar su propio puesto y el papel que tiene que cumplir en la comunidad. La gran preocupación de todo el que está por algo es encontrar su propia vocación, su propio carisma, que le permita dedicarse con todas sus fuerzas al servicio de la comunidad. Poner en marcha este dinamismo es descubrir la propia identidad y ubicación. Resumiendo podríamos concretizar: mi vocación es mi carisma, mi carisma es mi servicio, mi servicio es mi ministerio. Distintos nombres de una misma realidad que de esta manera se ilumina, se pone en marcha y produce frutos: no hay ministerios sin comunidad que a su vez se edifica constantemente con aquellos.

Todo carisma viene del Espíritu y por eso no podemos hacernos ilusión de que uno pueda ejercer un ministerio porque la comunidad le otorga un título. En la medida en que una comunidad es viva y crece, se dispone para hacer operante

en ella los dones del Espíritu. A la comunidad toca hacer cada vez más viva la presencia prometida por Cristo (Mt 18,20) en medio de todos los que se reúnen en su nombre y tomar conciencia del derroche de gracia que esta presencia trae consigo y que se hace concreta en los carismas como servicios y ministerios en la Iglesia.

Todo el pueblo de Dios participa del don profético de Cristo y tiene que dar su testimonio como pueblo profético de Dios (Cfr LG 12): "El Hijo del hombre no vino para ser servido sino para servir y dar su vida" (Mc 10,45) y toda su vida fue un servicio hasta la cruz, revelando así el verdadero sentido del amor y reparando la negativa del hombre a servir. Sirve el que obra como persona en función de otra persona volcando en ella sus valores más queridos y entrañables en busca del bienestar radical de la persona a quien se sirve. En toda vocación, la voluntad de servicio ocupa el primer puesto y está indicando a cada paso un ánimo decidido de creación de comunidad. El servicio establece entre los hombres una relación interpersonal de creatividad y realización constantes: "Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve" (LC 22,27).

(15) "La Iglesia es una comunidad construída por un gran número de servicios": Y. Congar, *Ministeres et communion ecclésiastique*, Paris, Cerf. 1971, p. 23. En este libro, sobre todo en los dos primeros capítulos, se hace una profunda reflexión sobre la Iglesia como comunidad que Dios construye sin cesar por medio de una gran variedad de carismas y ministerios y sin la cual estos no tendrían sentido: el gran binomio de la eclesiología actual no es "sacerdote-laicado", sino más bien "ministerios o servicios-comunidad", p.17.

Todo cristiano está comprometido a ser imitador de Cristo y es por lo mismo un servidor que se preocupa por vivir en todo momento el mayor y mejor de los carismas, que es al mismo tiempo el menos llamativo y el más ordinario: la caridad. Todo cristiano es un carismático que se preocupa por construir la comunidad con el propio servicio de su vocación (cfr 1Cor 7, 1-17). Los religiosos como apóstoles que somos de la Iglesia misionera (cfr AG 2 y 35) recibimos los dones del Espíritu para utilidad común: el ministerio para administrar, la enseñanza para enseñar, la misericordia para ejercerla con alegría (cfr PC 8). Todo el que sirve a la comunidad y la edifica es un carismático, y no sólo los que están constituídos en jerarquía. El carisma no es un poder sino un servicio y en todo caso el poder se tendría sólo en la medida en que se sirve (16).

4.— Proyección hacia el futuro: la vida religiosa como ministerio y los ministerios.

La vida religiosa es experiencia de comunidad en el Resucitado. Cristo preparó a los apóstoles en un género de vida muy particular y la víspera de su pasión les dio la prueba más grande de su amor al instituir la Eucaristía como memorial de su muerte y resurrección. La Eucaristía es el punto nuclear y culminante de la comunidad (17) en la que tomamos conciencia de la plenitud del cuerpo de Cristo como realidad de la cual todos formamos parte como miembros con diferentes funciones (cfr 1Cor 12,12 s). En este cuerpo todos somos uno con distintas funciones.

Y es aquí donde la vida religiosa se presenta como un ministerio que hace crecer este Cuerpo de manera singular, al igual que la jerarquía y los laicos, cada uno a su manera.

“ La historia muestra que una de las funciones de los religiosos ha sido siempre asegurar las tareas difíciles, misioneras y otras muchas que otros miembros de la Iglesia no aceptan; ellos podían hacerlo gracias a la libertad de acción, a la movilidad, al desprendimiento, potenciados por su celibato, su desarraigo con respecto a la propiedad, su obediencia dentro de un cuerpo organizado” (18).

Hoy, cuando el hombre ha comenzado a darse cuenta de que no le bastan

(16) *Los sacerdotes son “ no los celebrantes de un rito exterior un poco mágico, sino los educadores de la fe de los fieles, que es el alma de su sacrificio espiritual (cfr. Fil 2,17; Rom 15,16), y los ministros de la unión de este sacrificio con el de Cristo sacramentalmente celebrado” . Y. Congar, o.c. p. 27.*

(17) “ La sinaxis eucarística es el centro de toda la asamblea de los fieles. . . Los otros sacramentos, así como todos los ministerios eclesiales y obras de apostolado, están íntimamente trabados con la Eucaristía y a ella se ordenan” (PO 5). “El sacrificio eucarístico es fuente y cima de toda la vida cristiana” (LG11). Cfr. AA 8c.

(18) JEAN LECLERCO, La influencia de los religiosos en la animación espiritual de nuestro tiempo, en Presencia de los religiosos en la nueva sociedad, Madrid, Instituto teológico de vida religiosa, 1973, p. 127.

las "relaciones humanas" y las comunicaciones de los medios masivos, la vida religiosa está llamada a ayudar a los cristianos tanto a dar una inspiración adecuada a las múltiples comunidades que comienzan a abrirse camino y a crear otras nuevas en que la comunicación y la comunión cumplan un verdadero proceso de acercamiento entre los hombres. "Una de las tareas más necesarias hoy es volver a inventar grupos dentro de los cuales seres que se ignoran o que se oponen los unos a los otros, puedan intercambiar algo a nivel humano, iluminados por la fe y en la caridad" (19).

En un mundo tan profundamente hambriento de la esperanza y en que el religioso se presenta como "testimonio de la vida nueva y preanuncia la resurrección futura y la gloria del reino celestial" (LG 44), la presencia viva y operante de la comunidad está llamada a rescatar los valores perdidos. Los religiosos están llamados a ser hombres imposibles como los profetas que son capaces de vivir la paradoja de separarse del mundo para luego irradiar en él el misterio e indicar a los hombres que deben unirse en íntima comunión no tanto por lo que poseen y son cuanto por lo que no son todavía: su ser posible solo podrán realizarlo por un empeño mutuo. Por la resurrección de Cristo, los religiosos son testigos de la esperanza y manifiestan el poder infinito del Espíritu como nuestra epifanía en la Iglesia.

Es este el servicio de la vida religiosa está llamada a prestar a la Iglesia si quiere ser fiel a su inspiración original y a los carismas de los fundadores, que nacieron para vivir y transmitir el evangelio co-

mo manantial de alegres sorpresas, de novedad, de crecimiento, de frescura y estimulante continuo de comunión y de comunidad.

Al repasar la teología de San Pablo, nos encontramos con que el Cuerpo de Cristo es el centro del cual hace dimanar el Espíritu todos los carismas. Y nuestro problema consiste en saber con precisión qué miembro somos y por lo mismo qué función tenemos que desempeñar en dicho organismo. Es aquí donde la multiplicidad de ministerios revela la incommensurable riqueza de la Iglesia. Tal vez el primer carisma que tendríamos que pedir a diario sea la capacidad de ver cuál es el puesto que nos toca ocupar para colaborar a la armonía y crecimiento del conjunto. Hay muchos dones pero uno solo y mismo Espíritu. No siempre es fácil convencerse de esta verdad que tan definitivamente ha de orientar todas las inquietudes apostólicas del pueblo de Dios por extrañas e inaceptables que en un primer momento se presenten. El carisma de profecía es ciertamente un servicio de exhortación, de consuelo y de edificación, pero es muy probable que nos sorprenda siempre porque va un poco más allá, del Espíritu, de nuestros cálculos más perspicaces, como el impulso a denunciar los desequilibrios e injusticias en nuestro mundo subdesarrollado que nos sorprende llenos de miedo por los compromisos en que nos veremos implicados, o, lo que es aún peor, porque a cambio de esta denuncia no tenemos nada o casi nada qué anunciar.

(19) J. Leclercq, *o.c.* Este artículo trae un recuento de los servicios prestados por los religiosos desde sus orígenes.

Si la vida religiosa es un servicio a la Iglesia, no se ven sino razones para que los dones del Espíritu encuentren en los religiosos sus cauces más espontáneos y ordinarios. Tenemos que devolverle a la Iglesia un esplendor vivido por la comunidad primitiva y que luego oscurecimos con nuestras bien pensadas precisiones. Que haya don de lenguas, que haya don de profecía o milagros o curaciones, diáconos, catequistas o acción católica (AG 15), o cualquier otra manifestación del Espíritu de la lista enseñada por San Pablo o descubierta por nosotros, no debe inspirarnos otra cosa que "agradecimiento y consuelo" (LG 12) (20).

Cuando la Iglesia, al instituir los ministerios de Lectorado y Acolitado, dice a los señores obispos que pueden pedir, según las necesidades, la institución de otros ministerios, y los presenta no necesariamente como primer escalón hacia la clericalización, da el primer paso en una dirección que habíamos perdido, y nos pone en la pista de una experiencia del Espíritu que tanto echa de menos el hombre actual. Es aquí donde los superiores tienen que ser creadores de comunión y de comunidad, no apagando el Espíritu con normas rígidas o calculadas, sino estimulando y encauzando los dinamismos nuevos que se manifiestan aquí y allá (cfr LG 12).

Podemos decir que los carismas y servicios de que nos habla el Nuevo Testamento, no solamente no son contrarios a la vida religiosa tal como ella debe ser entendida en sus mismas fuentes, sino que forman parte esencial de la misma, así como no están necesariamente ligados a la clericalización o a la jerarquía, aunque

a ella compete su regulación y coordinación. Si la vida religiosa es comunidad orante en el Espíritu, los ministerios aparecen en ella no sólo justificados sino necesarios. Lo exige el contacto y la profundización permanente de la palabra de Dios con espíritu apostólico: personas que experimenten la presencia de Dios en el Espíritu y comuniquen esta experiencia existencial a los demás.

El actual resurgir de la evangelización, de los grupos de oración, de las experiencias carismáticas, del contacto vivo con la S. Escritura, están reclamando de los religiosos, "cristianos consecuentes consigo mismos", asumir los puestos que brotan espontáneamente de su misma naturaleza: ser fermento en la masa que busca con sus servicios hacer penetrar la vida evangélica en el corazón de los hombres y de la sociedad, que los lleve a su plenitud de liberación y de salvación, frutos de la auténtica evangelización (21).

(20) Y. CONGAR trae una larga lista de ministerios que brotan de la diaconía de la Iglesia, o.c., p. 17.

(21) *Creo que estamos necesitando mucha sensibilidad y discernimiento para ser capaces de apreciar el verdadero sentido y contenido del actual fenómeno carismático. A este respecto puede ilustrar mucho un boletín de D. GELPI, El Pentecostalismo americano, en "Concilium" 89 (nov 1973) 403 s.*

P. RAFFIN, Resurgimientos espirituales y renovación en la vida religiosa, en "Concilium" 89 (nov 1973) 432 y s. da pistas muy dignas de tenerse en cuenta al plantearse el tema de la renovación de la vida religiosa a la luz de las iniciativas del Espíritu.

El hecho de la creciente descristianización del mundo, la disminución de los clérigos y la angustia de los prelados que no tienen cómo atender a sus feligreses, no parecen que sean razones válidas para justificar la presencia de los ministerios en la vida religiosa, pues estas constataciones los colocarían en una mera función de suplencia que podría llevar al empobrecimiento fatal tanto de la vida religiosa como de los mismos ministerios, al no estar aquella ni éstos en su puesto. Sólo aparecen justificados en la medida en que nacen de su propia vitalidad interior: para entender y profundizar la palabra de Dios, para ser verdadera comunidad orante, para educar al hombre en la plenitud de su ser; para vivir la pobreza según los desafíos de la completa sociedad industrial, para entender el verdadero sentido de la obediencia, tanto del súbdito que acepta una dirección como del superior que se compromete a ser con su vida el animador y el impulsador de la realización vocacional de sus hermanos. Para expresar ante un mundo deslumbrado por el sexo todo el valor vivo e intrigante de la castidad por el Reino, en que se unen un gran espíritu de libertad a un equilibrio afectivo que da señorío sobre lo más íntimo del ser. Y todo ésto lo vive como apóstol que construye comunidad y que penetra sin temores en la masa para fermentarla con los valores del Reino y enseñarles a los hombres "lo único necesario" frente a lo cual todo lo demás es relativo.

"En la Iglesia tal como Dios la ha constituído a lo largo de los siglos, hay diversas formas de servicios o de ministerios que pueden compendiarse en dos:

por una parte, ministerios de dirección que han sido asegurados desde el siglo II al menos, y que aún continúan siéndolo, por los Obispos, sacerdotes y diáconos, y, por otra parte, ministerios de animación: éstos han pertenecido frecuentemente en la historia, y pueden pertenecer, hoy y mañana, a religiosos, clérigos o no, hombres o mujeres. Estos han sido ejercidos primeramente por los no clérigos; después los ejercieron cada vez menos, por razones históricas y culturales" (22). Ahora se trata de recuperar esos ministerios y enriquecerlos de acuerdo con las necesidades actuales.

Y por fin, que los carismas, al aceptarlos porque se experimentan y se comunican, estén **situados contextualmente**, es decir, que cada comunidad y cada persona mire cuál es su vitalidad y sus necesidades y que los servicios lleven indefectiblemente a hacer viva y operante la presencia de Cristo creando comunión. Es una realidad que tiene que estarse moviendo constantemente en el plano de las experiencias inmediatas, de tal manera que no distorsione nuestras vidas, sino que las lleve a afirmarse en los hechos aún más ordinarios de cada día. "La Iglesia no arrebató a ningún pueblo bien temporal alguno, sino al contrario, todas las facultades, riquezas y costumbres que revelan la idiosincrasia de cada pueblo, en lo que tienen de bueno, las favorece y asume" (LG 13b; cfr. AG 22b). Así podemos tener la seguridad de que la **Comunidad Trinitaria** no es una entelequia sino el misterio cercano que cada día revestimos más y más con

(22) J. LECLERCO, *o.c.* p. 112.

nuestra carne y nuestros huesos y asistimos al milagro continuo de que Dios sea cada vez más hombre y el hombre cada vez más Dios que experimenta la realidad de pertenecer existencialmente a la "muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (LG 4).

CONCLUSION

La vida religiosa está necesitando encontrar los mecanismos que llevan a cada religioso o religiosa a descubrir el gusto, el sentido y la actuación exacta de su carisma vocacional en la comunidad. Que los carismas y los servicios vuelvan a tener el puesto que tuvieron en la comunidad primitiva podría traer ventajas de repercusiones insospechadas para la vitalidad del Cuerpo de Cristo (23). La condición heroica de la vida religiosa se manifiesta aquí creando comunidad y comunión que oriente y anime los desvelos de los hombres.

La fecundidad de la vida de la gracia en la Iglesia impartida por sacramentos tan importantes como el bautismo, la confirmación, la Eucaristía y la reconciliación llegarían a través de los servicios y ministerios a impulsar de la manera más vigorosa la caridad en todos sus miembros y así llegaríamos a obtener en las mil situaciones, nada sensacionales, de la vida ordinaria los resultados que todo bautizado tiene derecho a esperar de la Iglesia y que el hombre se muestra incapaz de alcanzar por su misma naturaleza: "La caridad es paciente, es servicial; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; no es descortés, no es interesada, no se irrita no piensa mal; no se alegra de la injusticia,

se complace en la verdad; todo lo excusa todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera. La caridad no pasa jamás" (1Cor 13, 4-8).

Que cada uno se esfuerce por descubrir a diario el sentido exacto de su ministerio en la comunidad. En cada comunidad hacen falta múltiples ministerios: desde el juglar que sabe alegrar la rutina, el cansancio y la seriedad de sus hermanos hasta el administrador económico que sabe unir en su oficio un gran desprendimiento a una gran habilidad creativa, pasando por todas las gamas, como el que consuela, anima y abre, cada mañana, nuevos horizontes de amistad y optimismo como anticipos del Reino hacia el cual todos caminamos. "Que cada cual ponga al servicio de los demás el carisma que ha recibido" (1Ped 4, 10).

Sólo en la medida en que tanto los religiosos, hombres y mujeres (24), como la jerarquía y los laicos, tengamos conciencia de nuestra propia misión en la Iglesia y de que nos necesitamos mutuamente porque cada uno aporta una riqueza

(23) Cfr. René LAURENTIN, *La crisis actual de los ministerios a la luz del Nuevo Testamento*, en "Concilium" 80 (dic. 1972) 443 s.

(24) Cfr. J. McKenzie, *Estructuras ministeriales en el Nuevo Testamento*, en "Concilium" 74 (ab 1972) 19-30. En este artículo, muy sugestivo, se plantean algunos interrogantes muy interesantes en torno a los ministerios, por ejemplo el ministerio de las mujeres, p. 29-30, que vale la pena reflexionar.

za diferente, y sabemos abrirnos a ella, estaremos realizando la evangelización (25) y construyendo Pueblo de Dios.

(25) Cfr. P. Arrupe, sj. Evangelización y vida religiosa, en " Vinculum " 119 (Jun-jul 1974) 23 s.

Hernando Uribe Carvajal, OCD.

The article discusses some global changes in the present society which influence the understanding and exercise of the priestly ministry in the Church. These changes seem to call for a diversification of the priestly ministry. In order to support this hypothesis and state some aspects related to the sacerdotal problems, it resorts to the sociological concept of role.